

tir. En efecto, me retiré rumbo á san Luis, trayendo al enemigo una jornada á retaguardia, tiroteándose diariamente mis avanzadas con las suyas.

Suponia, como era natural, que el gobierno habia llamado en su auxilio á la division de Guanajuato y la de Zacatecas, que se hallaban en este último Estado; pero no fué así. Llegué á las orillas de san Luis y el gobierno hizo su retirada á la hacienda de Bocas, y yo permanecí con la division en la ciudad.

El enemigo habia llegado á la hacienda de las Pilas, y yo veía con disgusto que no venia en mi auxilio ninguna fuerza, pues solo aumentaron las mias con el batallon de zapadores, que habia estado sirviendo de escolta al gobierno. En estos momentos recibia noticia por mis exploradores, que venia otra columna francesa por el camino de Lagos, y por un disperso, que el ejército del centro habia sido derrotado en Morelia. Ambas cosas comuniqué al gobierno por extraordinario, manifestándole que me retiraba, cubriendo su retaguardia, porque consideraba que la derrota de las únicas fuerzas con que contaba por allí, traeria consigo su completo aniquilamiento. Así es que me propuse no aventurar un combate, sino cuidar el personal del gobierno, á menos que este no dispusiese otra cosa, como en efecto, mas tarde, en mi retirada á Boecas, llevando al gobierno á una jornada, se verificó, pues se me ordenó terminantemente que batiera á Mejía en la posicion que lo encontrara. Entonces ya no me quedaba mas que cumplir con lo que se me ordenaba.

Mandé reunir en junta á los ciudadanos generales y gefes para disponer el ataque: les mostré el plano de san Luis, desarrollándoles mi plan en los términos siguientes: primero, que el enemigo podia salir á nuestro encuentro, fuera de la ciudad: segundo, que se defendiera dentro de la plaza, y tercero, que se retirara al saber nuestra aproximacion; ordenando en el primer caso, como habia de formar la division, y á cada gefe lo que le tocaba hacer; y que en el segundo se daria el ataque, concluidas que fuerán las oradaciones, que para el efecto se encargarian de practicar, situando la artillería y fortificando las esquinas que les demarqué en el plano, dispuse que el C. general Alcalde atacara por la derecha, el general Quesada por el centro, y el C. coronel Kampfener por la izquierda. Pidió la palabra el C. coronel Rocha, gefe de zapadores, y preguntó que si á algun gefe se le presentaba la oportunidad de aprovecharse de un lance podria hacerlo; á lo que le contesté que no, que yo tendria cuidado de mandar cargar cuando fuera conveniente.

Ordené la marcha, ya advertidos los gefes de lo que cada cual tenia que hacer: di un corto descanso en el camino y seguimos la marcha hasta poco antes de amanecer del dia 27 de diciembre de 1863, en que se rompió el fuego con la gran guardia de caba-

llería enemiga: fuimos arrojándola hasta muy cerca de la ciudad, donde me dieron parte de que el enemigo estaba formando en la márgen del rio, que pasa por los suburbios de la poblacion.

Entonces advertí á los gefes que se presentaba el primer caso, y dispuse que inmediatamente desplegara en batalla la columna; movimiento que se verificó con precision y orden; pero á los primeros disparos de artillería el enemigo se replegó á la plaza: mandé avanzar las brigadas para establecer sus líneas, para que los gefes comenzaran sus trabajos segun se habia combinado. En efecto, el C. general Quesada, que mandaba el centro, rompió sus fuegos de artillería sobre el convento del Carmen con muy buen éxito, y al mismo tiempo comenzó sus obras de zapa; igual cosa practicaba el C. coronel Kampfener por la izquierda, cumpliendo esactamente con lo prevenido. Entretanto el C. coronel Rocha, con su batallon, desentendiéndose de las instrucciones que tenia, penetró hasta la plaza, en donde concluyó su fuerza, pasándose una parte al enemigo, y de consiguiente perdió las piezas y todo el flanco derecho de la línea. El en persona con algunos oficiales, llegó á darme parte de haber perdido todo, y en seguida abandonó el campo, huyendo por el camino de Matchuala, antes del resultado final del combate. Por tal motivo el enemigo llevó con mas vigor su ataque reforzado por los zapadores que se le pasaron, y fiado en la desmoralizacion que esto causó en el resto de mis fuerzas.

En seguida se desbandaron los demas batallones, y solo con doscientos hombres y pocos gefes y oficiales, fui por espacio de una legua, batiéndome en retirada, hasta que se quemó el último cartucho. Entonces me puse en salvo con los poquísimos gefes y oficiales que quedaron á mi lado.

Llegué á Matchuala despues de haber rendido el parte respectivo, y al llegar me arresté en mi alojamiento, manifestándole al gobierno oficialmente y pidiéndole que se me instruyese la correspondiente sumaria para responder á los cargos que contra mí hubiera por la pérdida de la accion; pero el ministro de la guerra me contestó, que no habia lugar á ninguna averiguacion, porque el gobierno estaba satisfecho de que habia cumplido con mi deber, y que causas ajenas de mi voluntad, nos habian llevado á la completa derrota de la division.—Documento número 1.—

En los dias que permanecí en Matchuala, comenzó el gobierno á expedir pasaportes á los ciudadanos generales, gefes y oficiales que se encontraban á su lado, para donde cada cual quisiera el suyo, *aun para lugares ocupados por el enemigo.*

Tuve noticia que algunos gefes y oficiales estaban tramando un motin contra los ministros, á quienes la opinion general acusaba de traidores á la patria; tomé parte para evitarlo y aun llevé

algunos de ellos para que esplicaran al C. Presidente sus motivos de queja. Con esto logré apaciguar á los principales gefes.

Me propuse seguir al gobierno para ver si mas tarde podia serle útil; pero á mi llegada al Saltillo, me encontré con que no dictaba ninguna providencia para la defensa de la patria.

Me seguian un gran número de gefes y oficiales, y esperamos algunos dias en la miseria, hasta que el gobierno me ordenó marchara con ellos al Estado de Tamaulipas á encargarme del gobierno y comandancia militar; pero á mi paso por Monterey, hice una visita al gobernador de Nuevo Leon, C. Santiago Vidaurri, y en ella me manifestó el disgusto que tenia con el gobierno general, y pude conocer, por su conversacion, que la mano de la traicion estaba puesta en él y en el Estado que gobernaba. Inmediatamente lo comuniqué al gobierno, diciéndole á la vez que no me parecia conveniente seguir para Tamaulipas, porque podria serle útil en Nuevo-Leon, cosa que aprobó, dándome orden de esperarlo en Monterey, donde tenia que ir ya escoltado por la division de Guanajuato. Pero á su aproximacion á la ciudad, se reveló Vidaurri contra él abiertamente, y, corriendo gran peligro, yo y mis compañeros salimos á reunirnos al gobierno, con quien volvimos al dia siguiente. Tres ó cuatro dias despues se retiró para el Saltillo y nosotros en su compañía.

En esta ciudad fuí nombrado ministro de la guerra y general en gefe de las fuerzas que debian operar sobre los traidores; hice cuanto estuvo á mi alcance para organizar tropas e impedir que la revolucion cundiera en el Estado, hasta que Vidaurri fué lanzado, quedando Nuevo Leon con su capital en poder del gobierno. Mientras este llegaba, yo procuraba organizar nuevas fuerzas, y acopiar toda clase de elementos. Ya el gobierno se encontró fuerte y apoyado sin obstáculo ninguno para poder preparar de nuevo la defensa.

Habia á la llegada del gobierno á Monterey cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, organizados de nuevo, lista y compuesta la artillería que quedó en la ciudadela, y todos los talleres se ocupaban de la construccion de vestuario y de pertrechos de guerra; pero á los pocos dias, todo se paralizó, por haberme retirado el gobierno las facultades extraordinarias que tenia, y en uso de las cuales trabajaba con actividad en lo concerniente al ramo de guerra; pues á este efecto habia estendido una circular para que todas las fuerzas que se encontraban organizadas en la República, hicieran un esfuerzo en un mismo mes, para cuyo tiempo habia calculado con las facultades que tenia, reunir un número de fuerza suficiente conque ayudar á la combinacion general.

Pero esto no tuvo efecto por lo espuesto, y porque marchó el

C. general Doblado con la division de Guanajuato, solo, por orden del gobierno, y fué completamente derrotado en Matehuala.

Comenzaron desde luego en la capital y Estado de Nuevo-Leon, los trabajos ocultos de la traicion, para seducir la fuerza que yo habia organizado, apoyados los muchos agentes en los numerosos partidarios de Vidaurri; y fueron tan activos, que el gobierno no concluyó allí, debido solo á un puñado de leales que velábamos por él, mientras dormia.

En las juntas de Ministros, presenté al principio, como lo creia de mi deber, un plan de defensa, poniendo en cantones á varios generales de influencia para defender la República con mejor éxito; pero el gobierno no lo aprobó, ni desaprobó.

Propuse despues que marchara el C. Ministro de Relaciones ú otro miembro del gabinete á los Estados-Unidos, para hacer una contrata de armas y demas elementos de guerra; pero como no se me contestó, inferí que mi proposicion no fué aceptada.

En uno de los dias que Quiroga se encontraba á corta distancia de la ciudad y que acababa de derrotar al C. coronel Adolfo Garza, y teniendo que hacer marchar violentamente algunas tropas, ocurri al C. Presidente para que me facilitara los recursos indispensables al movimiento de aquella fuerza, y me dijo que ocurriera al C. Ministro de hacienda, para que me los proporcionara; pero este señor me contestó, que no habia un solo real en la tesorería y que viera en el comercio, quien me prestaba algun dinero, que pagaria él, del primero que adquiriese. Mandé llamar al señor Oliver, y le supliqué me hiciera favor de prestarme una cantidad que necesitaba; á lo que me contestó que tenia en su poder veinte y tantos mil pesos, á disposicion del señor Goytia, agente particular del señor Juarez, hacia ya algunos dias, y que de ese dinero creia él, que podia disponer el gobierno. Le dí orden para que pusiera toda la cantidad á disposicion de la comisaría, y dí parte á los CC. Presidente y Ministro de hacienda, avisándoles que ya habia hallado el dinero que necesitaba, para que pudiera salir la tropa.

Insurreccionado ya el Estado, se disponian los franceses á invadir la frontera, y en los dias que se recibió la noticia de su marcha, me fué entregada una carta de Alanis, en la que me invitaba de nuevo á pronunciarme contra el gobierno: venia mandado por el llamado emperador Maximilano, y traia consigo dinero suficiente, como en la época de san Luis. Esa carta la presenté en junta de ministros al C. Presidente; quien me contestó, que ya de Méjico le habian escrito, anunciándole la marcha del mencionado individuo, para venir á verme, y me leyó un párrafo, en que le recomendaba la persona que le dió el aviso, que se cuidara de mí: yo le dije, que le contestára que mis relaciones con ese traidor, habian sido en cumplimiento de una

orden suya, que lo previno así: no hé sabido hasta hoy si me vindicaría.

Por acuerdo del señor Lerdo, se dispuso que contestara á Alanís su carta, diciéndole: que detuviera la expedición francesa, mientras yo arreglaba las cosas para pronunciarme en Monterey, contra el gobierno; en efecto contesté así, agregando que inmediatamente se pusiera en marcha para aquel punto, llevando consigo el dinero, porque habia necesidad de él, y por extraordinario violento, di orden al jefe de la avanzada, situada en la Hacienda del Salado, de que al pasar por allí Alanís, fuera aprehendido, recojiera el dinero que se le encontrara, que debia ser una cantidad considerable, y sin pérdida de tiempo le remitiera á Monterey.

Mas tarde supe que Alanís habia emprendido su marcha, pero que recibió una carta que le hizo variar de propósito y contramarchar en el acto: que á su llegada á san Luis, habló muy desfavorablemente de mí, en virtud de lo que en la carta le habian comunicado. No he podido saber quien escribiera esa carta, pero el secreto del asunto, solo lo sabemos los CC. Presidente, Ministro de hacienda, José María Iglesias, Ministro de Relaciones Sebastian Lerdo de Tejada, y yo.

Por último, el infatigable Alanís, segun he sabido posteriormente, se dirigió á Monterey, despues de haber sido desocupado por nosotros, llevando el dinero que se le debió haber quitado, primero en san Luis y despues en el Salado, á hablar con varios gefes, entre los que se enumeraba al C. general Hinojosa, para llevar la guerra á Chihuahua, en donde se encontraba ya el gobierno.

Teniamos á los franceses al frente de la Angostura: yo fuí nombrado general en jefe de las fuerzas que se componian de la division de Zacatecas y de la que yo habia organizado en Monterey: llegué al Saltillo á esperar al gobierno para retirarnos, porque era la orden que tenia. El enemigo cubrió ya como he dicho, el frente de la Angostura, por cuyo motivo se hacia imposible la marcha del gobierno por ese punto. Nos quedaban dos caminos, el que conduce á la Hacienda de Patos, y el que por Mesillas va directamente á Monclova: por este no podia el enemigo seguirnos en la retirada, y se podia tomar de allí la direccion que mas conveniente se juzgara, cosa que no habria sucedido si el movimiento se hubiera efectuado por el camino de Patos, por tener el enemigo otro mas corto, carretero y en buen estado; mientras nosotros teniamos que salvar un cañon, bastante difícil para pasar los pesadísimos trenes que llevábamos.

El señor Lerdo insistía en que se marchara para Patos; pero me opuse abiertamente, y contra la voluntad del mismo gobierno, hice seguir la marcha por el camino de Monclova, por

ser este el que militarmente consideré como el mejor y único, por donde podria salvar al gobierno; y en efecto logré hacerlo; pero el señor Lerdo varias veces mostró su descontento por no haber seguido el de Patos; mas yo callaba y tenia la conciencia de haber cumplido con mi deber. La retirada de la Angostura se hizo en el mejor orden hasta la incorporación del gobierno, quien dispuso que entregara el mando del ejército al C. general González Ortega, y que yo volviera á su lado á seguir desempeñando únicamente mi encargo de ministro. Bien sabido es cuanto pasó despues, y solo diré que al incorporarse el señor Ortega con las fuerzas en santa Rosa, se trató de elegir entre los tres generales, Ortega, Patoni que se encontraba por allí con las fuerzas de Durango, y yo, general en jefe; y por fin resolvió el gobierno nombrar al C. general Ortega; y en obsequio de la justicia, diré, que la tropa estaba en muy mal estado, pues no tenia socorro desde hacia muchos dias, y algunas veces no se le habia dado rancho: el gobierno no le quiso dejar un solo real de los fondos que llevaba. En esa misma noche iba á estallar un pronunciamiento contra el gobierno, en consecuencia de la disposicion que acababa de dar, acaudillado por varios gefes, entre los que se encontraba el C. coronel Sóstenes Rocha; manifestando que el pronunciamiento era para proclamarme general en jefe; á lo que contesté que no prestaba mi aprobacion, y que con sentimiento me veria precisado á fusilar á mis compañeros y amigos que se atrevieran á desobedecer las disposiciones superiores. Recorrió el gobierno Mapimi y Nazas, mientras el ejército sufriendo la mas espantosa miseria, concluía en la desgraciada jornada de Majoma. Entonces el gobierno dispuso dirigirse al patriótico Estado de Chihuahua donde fué recibido con un entusiasmo sin igual.

En aquel Estado volví á hacerme la ilusion de que el gobierno, como era natural, aprovecharia aquellos momentos para levantar de nuevo fuerzas capaces de hacer algo en provecho de la defensa de la patria. En los pueblos y rancherías mas insignificantes del tránsito hasta la capital, fuimos recibidos en medio de las aclamaciones mas entusiastas.

Poco despues de algunos dias de residir en Chihuahua, y cuando yo esperaba que en las juntas de ministros se tratara de la organizacion de elementos para la defensa nacional, me sorprendia que ese punto no se tocara, y estuvimos cinco meses en la mas completa inaccion, tratándose únicamente en las juntas, de lo que desde el primer dia hasta mi separacion se habia tratado siempre; esto es, de la venta de terrenos baldíos y otras muchas cosas, en que solo se buscaba dinero, y no para levantar y organizar tropas. Con sentimiento recordaba, que desde que comenzó la guerra, siempre habia estado el ejército sujeto á

miserables prorateos y muchas veces sin ellos: yo, habia sufrido eso tambien; pero no me sucedió lo mismo cuando fui ministro, porque mientras que mis compañeros estaban en los campos de batalla derramando su sangre y en la miseria, *el Presidente y sus ministros, estábamos tranquilos y bien pagados.*

Es verdad que se daban algunas disposiciones de guerra, *emanadas del ministerio de relaciones (?)* pero estas solo tendian á reducir los elementos y á poner en pugna á nuestros gefes. En apoyo de esto citaré un hecho. En el Estado de Sinaloa, mientras el valiente general Corona batia y derrotaba á los franceses, y se recibian en Chihuahua sus partes, se relevaban de orden del gobierno general, gobernadores y comandantes militares, pues fueron nombrados sucesivamente los ciudadanos generales Patoni, como comisionado del gobierno, con amplias facultades, Morales y Sanchez Ochoa, resultando de esto, la mas completa anarquía entre Corona y los demas nombrados. Esto mismo se ha practicado en todos los Estados á que ha alcanzado la influencia del gobierno, creando de esta manera, entidades que, estando en pugna, no han dejado reunir los elementos para la defensa nacional.

Todo esto y los triunfos que el general Corona adquiria sobre los enemigos en el vecino Estado de Sinaloa, me impulsó á suplicar al gobierno que me dejara hacer algo en defensa de la Patria: encontré resistencia de parte del señor Lerdo, pero manifestándome yo disgustado y al mismo tiempo valiéndome de la influencia del ciudadano ministro de Hacienda, se me permitió salir á fines de enero de 1865.

Pocos dias antes de emprender mi marcha, llegó el comerciante don Juan Subiran, del Paso del Norte, con mil fusiles para vender al gobierno, quien por instancias mias compró solamente quinientos, y Subiran tuvo que regresarse llevándose los otros quinientos. Tal armamento fué el único que compró el gobierno en todo el tiempo que estuve á su lado. En la noche de ese dia, que lamentaban muchas gentes el regreso de los quinientos fusiles, desechados por el señor Juarez, el ciudadano coronel Cabañas llevó á mi alojamiento la paga que me correspondia en ese mes.

Marché con el 2.º batallon de Chihuahua con 140 hombres, 100 del batallon de Supremos Poderes, 10 dragones y una batería de batalla; y de un préstamo de veinticinco mil pesos que impuso el gobierno, me dió diez mil para hacer la campaña.

En el valle de san Bartolo, se me incorporó la seccion del ciudadano general Quesada, y el 1.º de Chihuahua, y sobre estos piés organicé una division de mil seiscientos hombres con dos batallones de voluntarios, que se organizaron en varios puntos. En general todas las clases me prestaron servicios y

recursos. Apenas habia equipado é instruido esta division, formada de reclutas, cuando recibí orden para que saliese del Estado de Chihuahua y fuese al de Durango. Tres inconvenientes grandes se presentaban desde luego. La division no estaba todavía, en mi concepto, en estado de entrar en combate: una fuerte columna de franceses estaba situada en Nazas esperando; y por último tenia algun parque, pero faltaban cápsules. Ademas esperaba una fuerza que un señor Quesada estaba organizando en la Sierra, en cuyos pueblos ejercia bastante influencia, para marchar con esas fuerzas mas. Entonces dispuse que fuera una comision compuesta de los ciudadanos general Villagra, licenciado Manuel Muñoz y doctor Manuel Robles, á manifestar estos inconvenientes al gobierno; en contestacion me mandó una cantidad de cápsules y orden que inmediatamente saliera para el Estado de Durango, donde podria sostener la fuerza. Empecé la marcha, y en la hacienda de la Zarca, tuve noticia que iba á ser reforzada la columna que estaba en Nazas, por el francés Brincourt, con mil ochocientos hombres.

De allí dirijí una comunicacion al ciudadano Antonio Carbajal, que se encontraba en Buenaseví, para que se incorporara á la division; y este me contestó que tenia orden para operar separadamente. Hay que advertir que yo tenia el doble carácter de ministro de la guerra y de general en jefe.

Mandé reunir á los ciudadanos generales y gefes y les manifesté que para que la espedicion tuviera buen éxito, habria que forzar algunas jornadas, porque me proponia tomar el Saltillo y Monterey, de lo que tenia seguridad, y que tal vez tomariamos la plaza de Matamoros: que esto solo lo sabian ellos y que ni al gobierno le participaba la marcha que iba á emprender, por temor de que me interceptaran el correo y fracasara el movimiento. Pero en realidad yo no temia que la comunicacion fuese interceptada, y por esto no participaba mi marcha al gobierno, sino porque no lo supiera el ministro de relaciones, de quien ya desconfiaba de su lealtad á la causa nacional.

Emprendió la marcha la division y mandé cien caballos á las órdenes del ciudadano coronel Rafael Arredondo, para llamar la atencion á los franceses, que se hallaban en Nazas, y pasando por Mapimí, tomé posiciones para esperar al enemigo en una garganta de la Sierra, cerca de la hacienda de santa Rosa.

Permanecí cinco dias, tanto para tomar exactos informes sobre los Estados de Nuevo-Leon y Coahuila, como del de Durango.

Al sexto dia emprendimos la marcha y se nos incorporó el ciudadano coronel Gonzalez Herrera con las fuerzas de la Laguna. Mandé se le diera haber para su tropa y todo lo necesario para que marchara con la division; pero me manifestó lo mismo que el ciudadano Carbajal; que tenia orden para obrar el solo, y que

sas soldados decían, que si les daba unas cuantas horas de saqueo nos acompañarían: le contesté que jamás permitiría á soldados que yo mandara, saquear ninguna poblacion; por cuya razon no marcharon.

En el Rancho de la Boquilla, se me presentó el ciudadano general Mariano Escobedo: me habian dado muy malos informes de él, sobre que estaba en relaciones con el traidor Florentino López, y aun los periódicos hablaban algo de su sumision al imperio. Le hice algunas preguntas sobre esto, y me mostró una carta del traidor López en la que lo solicitaba para una entrevista, y me dijo que eso era todo. En tal virtud, le dí orden de que se pusiera á la cabeza de la caballería, para cubrir los caminos del Saltillo, á fin de que los traidores, que estaban en esa plaza, no tuvieran noticias de nuestra aproximacion. A mi paso por Parras, nombré gobernador y comandante militar de Coahuila, al ciudadano Andrés S. Viezca.

En la hacienda de Patos se incorporaron á la division ochenta hombres del general Escobedo y doscientos del general Aguirre del Estado de Coahuila; estos últimos en muy buen estado. A las cuatro de la tarde del siguiente dia, llegamos á la Encantada, en donde hizo alto la division para tomar rancho, mientras yo acordaba con los gefes el ataque al Saltillo, y en espera á la vez del aviso de los exploradores. Quedó combinado el ataque y el general Escobedo con parte de la caballería y el batallon "Bravos" cortaba la retirada al enemigo por el camino de Monterey. Uno de los exploradores, que vió que el enemigo comenzaba á retirarse, por haber sabido la llegada de mis fuerzas, vino á la hacienda de Buenavista y dió aviso al C. coronel Juan Perez Castro que se encontraba allí de avanzada con el resto de la caballería, y éste, en vez de transmitir el aviso al cuartel general, con la violencia que el caso demandaba, ordenó al explorador que esperara allí hasta mi llegada, para que pusiera en mi conocimiento la retirada del enemigo. Yo que ignoraba tal cosa y que esperaba la hora de la noche, en que me habia propuesto emprender mis operaciones, me puse en marcha cuando fué tiempo. Tuve noticia en Buenavista por el explorador de lo ocurrido, y reprendiendo fuertemente al coronel Perez Castro, le mandé que en el acto se pusiera en persecucion del enemigo hasta alcanzarlo. Yo con el resto de la division ocupé la plaza á las cuatro horas de evacuada. Continué la marcha al dia siguiente sobre Monterey, donde creia que el enemigo, unido á la guarnicion de aquella plaza me esperaria; pero no fue así, porque ambas fuerzas prosiguieron su retirada rumbo á Matamoros, y entonces no pude hacer otra cosa que perseguirlos con la caballería útil. Ordené al coronel Arredondo que marchara en su persecucion, quien logró alcanzar al batallon que cubria la reta-

guardia, derrotándolo completamente y haciéndole algunos muertos y prisioneros.

Al mismo tiempo mandé orden al C. Gobernador de Tamaulipas, Francisco de Leon y al C. general Cortina, para que cortaran la retirada á los restos del enemigo que iba desmoralizado.

Despues de la penosa marcha de la division, desde Chihuahua á Monterey, se hallaba fatigada y desnuda, porque habia concluido el primer vestuario que se le hizo en el Valle de san Bartolo: era indispensable darle descanso y aprovechar esos dias para equiparla, recomponer la artillería y armamento y sacar los recursos necesarios para continuar la campaña. Concluido todo á los pocos dias, emprendí la marcha sobre Matamoros, dejando al general Escobedo en posesion del gobierno de Nuevo-Leon con los elementos quitados á los traidores en la plaza de Monterey.

En Cadereita tuve noticia que el general Mejía habia pedido auxilio de tropa á Tampico y Veracruz, y que los que se habian retirado de Monterey habian entrado á Matamoros sin ser molestados. Esa misma tarde se me presentó el valiente coronel Treviño, que despues de haber atravesado desde Oajaca hasta ese punto con un puño de soldados de la Legion del Norte, combatiendo en algunos lugares del tránsito, se prestó gustoso á cooperar al ataque de Matamoros si era conveniente darlo. El general Escobedo me manifestó que contara con doscientos hombres que iba á hacer salir al dia siguiente, para que alcanzaran la division en el camino; y el coronel Treviño, que no obstante el mal estado de su caballería, marchaba con toda su fuerza.

En el camino se me incorporó tambien el coronel Cerda con mas de cuatrocientos caballos, pero con su armamento en muy mal estado. Seguí mi marcha, y ya al frente de la ciudad de Matamoros, recibí una carta del C. general Escobedo, en la que se escusaba de no haber mandado los doscientos hombres porque los habia destinado á cuidar los productos de la aduana de Piedras Negras.

Pedí al mayor general un estado de la fuerza disponible para el ataque; y la útil que aparecia en él, era de mil cuatrocientos treinta y ocho (1,438) hombres.—Documento número 2.— Mejía tenia mil ochocientos infantes y trescientos caballos, y ademas contaba con la mayor parte del comercio armado, con el pueblo y con los confederados que ocupaban á Brownsville, dispuestos para atacar mi retaguardia á la hora que emprendiera el asalto sobre la plaza de Matamoros, segun consta de un documento que obra en mi poder y que publico bajo el—núm. 3,— interceptado por las tropas del norte de los Estados Unidos, á los del Sur, y por último con los refuerzos de los franceses que ve-